

Rufino Tamayo y la música

María Teresa Favela Fierro

La música es arte, cultura y un motivo más para disfrutar la vida.

FRIEDRICH NIETZSCHE

Pintor, grabador y muralista, Tamayo nació en Oaxaca, Oaxaca, en 1899 y falleció en la Ciudad de México en 1991.

A los 18 años abrazó completamente la profesión artística y se mantuvo activo hasta la edad de 90 años. Sus obras estuvieron nutridas por las raíces indígenas y populares, pero también por el México moderno y, por supuesto, el cosmopolita, por lo que ha sido calificado como “mexicanista internacionalizante”. El colorido de sus pinturas creó sinfonías, sonatas, cuartetos; supo extender los límites del lenguaje formal de la pintura y tuvo como personajes a los instrumentos musicales, las frutas, los objetos de uso cotidiano, la figura humana, el misterio del cosmos...

Desde 1936 vivió regularmente en los Estados Unidos, convirtiéndose en parte de una generación que sentó las bases para una necesaria renovación del arte frente a una pintura mexicana proclive a las cuestiones de política, y constituyó el antecedente del actual arte mexicano. Tamayo logró alejarse de esa tónica al dar un novedoso tratamiento a las formas de los objetos seleccionados; desde esa época afloró su personalidad en sus predilecciones por ciertos colores y el predominio de ellos.

La propuesta de “universalidad” que trae consigo Tamayo da una especie de nuevos impulsos

al medio de la plástica mexicana porque se había ganado un lugar estable en el mercado del arte y su obra era enaltecida por los críticos de Nueva York. Su trabajo había adquirido una madurez que mostraba una clara síntesis de Picasso, Braque y la Escuela de París.

En 1949, con motivo de sus 25 años como pintor, se le rinde homenaje con una retrospectiva en el Palacio de Bellas Artes, viaja a Europa y se establece en París, y en 1957 el gobierno fran-

garía su colección de arte prehispánico. En 1975 recibe la Medalla Florentina y la Copa de Oro de la ciudad de Florencia, Italia, y cuatro años más tarde es nombrado doctor *honoris causa* por la UNAM. En los años ochenta recibió la Medalla Albert Einstein del Instituto Technion de Israel y Medalla Belisario Domínguez del Senado de la República, entre otras distinciones. En septiembre de 1986 el INBA recibió en donación la colección del Museo Rufino Tamayo.

El maestro Tamayo sintió una especial pasión por la música, semejante a la que tenía por la pintura: él mismo gustaba de tocar la guitarra y cantar canciones mexicanas.

cés lo nombra caballero de la Legión de Honor. De igual forma, en 1959 es designado miembro correspondiente de la Academia de Artes de Buenos Aires, Argentina, y en 1961 es elegido miembro de la Academia de Artes y Letras de los Estados Unidos. Al cumplir 50 años como pintor en 1968, se le hace un homenaje con una retrospectiva en el Museo del Palacio de Bellas Artes. En 1971 es condecorado comendador de la República italiana, y un año después el estado de Oaxaca lo nombra Hijo predilecto, le entrega la Medalla Juárez e impone el nombre del artista a la antigua calle de los Arcos. En 1974 dona a su tierra natal un museo en el que se alber-

El maestro Tamayo sintió una especial pasión por la música, semejante a la que tenía por la pintura: él mismo gustaba de tocar la guitarra y cantar canciones mexicanas.

Esa fue una constante que desarrolló a lo largo de su producción estética y que de una u otra forma influirá en el trabajo de algunos de los más importantes músicos mexicanos contemporáneos. Por tal razón, tampoco es casual su amistad con Carlos Chávez ni que en 1987, al celebrarse sus 70 años de vida creativa, Blas Galindo compusiera una cantata dedicada al pintor, mientras que José Antonio Alcaraz escribió una presentación titulada *Luz de luz*.

En una entrevista que le realizó Cristina Pacheco, Tamayo señaló que la pintura implica cierto recogimiento. A veces ponía música mientras trabajaba; las notas musicales lo ayudaban y lo acompañaban. Para él era claro que la pintura, la música y la literatura eran manifestaciones diversas del arte, aunque el lenguaje y los métodos fueran diferentes.¹

La tendencia musical de Tamayo quedó escrita plásticamente sobre sus lienzos y muros, pero además la esposa del artista, Olga, fue pianista. Ambos se conocieron en el Conservatorio en 1932, cuando el pintor dejó la jefatura del Departamento de Artes Plásticas de la Secretaría de Educación Pública. Ocupó este puesto por escasos meses, y recibió el encargo de realizar el mural *El canto y la música* (1933), que se encuentra en la escalera del edificio de la Escuela Nacional de Música, entonces ubicado en la calle de Moneda número 16, en el centro de la Ciudad de México. La figura central es una mujer con el torso desnudo que está cantando, con un pequeño querubín a su lado derecho.

Por lo que corresponde a la obra de caballete, podemos mencionar cronológicamente algunas referencias al desarrollo del tema de la música. Una de sus piezas tempranas es *El fonógrafo* (1925), un mecanismo que enlaza la música y las revoluciones por minuto. Tamayo apuntaba que en ese momento podíamos tener una pintura de tres dimensiones, pues el arte moderno buscaba denotar el tiempo y buscar otro espacio, introducir la cuarta dimensión en los cuadros; de hecho, existe similitud de su obra con los futuristas italianos, como Boccioni, por la búsqueda bidimensional del movimiento.

Hacia 1930, el artista comenzó a pintar el tema de *Mandolinas y piñas*. La composición es novedosa: los objetos están colocados

tras dos ventanas entreabiertas. Es un afortunado encuentro entre las frutas y los instrumentos musicales, dos elementos que provocaban en el pintor oaxaqueño un enorme placer del paladar y del oído.

En los años treinta, Tamayo estaba inmerso en los movimientos de las vanguardias europeas, como ya se mencionó, y también en las expresiones metafísicas y lo surreal; es decir, más allá de la realidad física, con el gusto por la yuxtaposición de los objetos en la composición pictórica, como en *Naturaleza muerta con desnudo y guitarra* (1931), una especie de instalación personal que realizó con esos elementos en *Las musas de la pintura* (1932), una alegoría sobre ese arte. Los sitios de la creación y los procesos de reconocimiento son presentados con cierto sarcasmo; en este rebumbio de personajes se hace presente una guitarra (que representa a Tamayo) y, como una herencia del arte antiguo, se encuentra representada una columna griega.

Notamos en la pieza *Máscara roja* (1940) un cambio en su estilo plástico; en este momento solo importa el tema de una mujer de grandes senos desnudos que canta acompañada de una mandolina y que “debe” cubrir su rostro con una máscara para guardar el anonimato. Los colores han cambiado en este periodo; ahora se encuentran saturadísimos de tonos rojos, anaranjados y negros, provocando un gran impacto visual. *El flautista* (1944), un desnudo parcial masculino, es una composición contundente por la armonía que existe entre sus tonalidades y formas; podría ser el complemento del cuadro anterior, dos versiones de la música, el hombre y la mujer. Varias décadas después, en 1983, pinta *Tocador de flauta*, que es diferente en su estructura y colorido, pues colocó al músico de pie.

Entre los cuadros más conocidos de Tamayo está *Músicas dormi-*

das (1950) considerado como una de sus obras maestras a nivel internacional, que realizó durante su estancia en París. La composición es sencilla: dos figuras femeninas tendidas, apenas esbozadas; quizá sueñan debajo de un cielo aclarado con una luna negrísima. Hay una mandolina grande y luminosa que destaca en la composición. Parece tratarse de una introspección del propio artista.

No podría faltar un asunto por demás actual que es el *Rockanrolero* (1989). Por el tema, uno pensaría en colores fortísimos, saturados y chillantes, pero no sucede así: es una pintura en tonos degradados del azul, muy formal además de muy espiritual.

La música siempre estuvo presente en las obras y en la vida cotidiana de Rufino Tamayo. De este modo, *El muchacho del violón* (1990) fue el último cuadro que pudo terminar y firmar, pues a los pocos meses falleció. La pieza transmite una cierta melancolía, y la postura del hombre es estática; ya no toca el instrumento musical; su mirada, en rojo, es aguda como la de Tamayo y expresa un gran enojo. Acaso ya está advirtiéndole su muerte y solo le queda esperarla, pues esta, siempre tan impertinente, viene a entorpecer toda una poderosa vida de arte, de música y de experiencias universales de un ser humano. **LPyH**

NOTA

¹ Cristina Pacheco, “Rufino Tamayo. Mi único lenguaje es la pintura”. En *La luz de México* (México: Gobierno del Estado de Guanajuato, 1988), 333.

María Teresa Favela Fierro es investigadora del Centro Nacional de Investigación, Documentación e Información de Artes Plásticas (Ceni-diap) del INBAL.